

Los libros y mi vida

Discurso de Jorge Valencia Jaramillo
al ingresar a la Academia Colombiana de la Lengua



Cámara
Colombiana
del Libro

Abril 10 de 2025

“Los libros y mi vida”

Debo expresar, en primer lugar, mi imperecedero agradecimiento al presidente y a todos los directivos de la Academia Colombiana de la Lengua por el inmenso honor que me hacen al recibirme como miembro correspondiente de esta institución.

Mi relación con los libros y con nuestro bello idioma, viene desde mi temprana infancia. Mi madre, todas las madres son definitivas en labrar nuestro destino, la mía digamos, elaboró, hizo, ofició una especie de hechizo conmigo, hechizo que nunca terminó y que me acompañará ya hasta el último de mis días. Me hechizó con los libros y, con la poesía en particular.

Mi madre era de provincia, de un pueblo en Antioquia, amaba mucho, curiosamente, los libros y, de manera especial, la poesía y fue así como por este camino, quedé como ya lo dije, embrujado para siempre. Y, además, nunca tuve mucho interés, debo confesarlo ahora, en leer en otros idiomas pues, para mí, el español, fue la sangre de mis venas que siempre alimentó mi corazón, mi palpitante corazón cautivado por los versos y, también, otra confesión que hago hoy, sí, otro embrujo, las mujeres. Válgame Dios lo que fue mi suerte en este campo, ¡válgame Dios!

El poeta que más amaba mi madre y que, así mismo, yo nunca he dejado de amar, fue Gustavo Adolfo Bécquer. Qué vida tan triste la de aquel hombre, enamorase de dos hermanas, con ambas tener relaciones y que ambas le dijeran adiós. Y que esa tragedia diera lugar para uno de los versos más hermosos de la lengua castellana. Cómo es posible que alguien construya unas bellas metáforas con unos pajaritos como las golondrinas para decirle a esa mujer, que lo abandonó, que nadie la volvería a amar como él lo hizo.

Quisiera anotar ahora, en este momento, pues lo considero pertinente, que siempre he pensado que existe una estrecha relación de los escritores y los poetas, en general, con sus escritos y su vida sentimental. Estas rimas son uno de los mejores ejemplos:



*Volverán la oscuras las golondrinas
en tu balcón sus nidos a colgar,
y otra vez con el ala a sus cristales
jugando llamarán.
Pero aquellas que el vuelo refrenaban
tu hermosura y mi dicha a contemplar,
aquellas que aprendieron nuestros nombres
ésas... ¡no volverán!*

Bécquer nació en Sevilla, España y allí nació también otro de los poetas que me marcó para siempre: Antonio Machado. Y su vida amorosa fue más triste y trágica que la de Bécquer. Machado se casó contra toda, literalmente contra toda su familia, pues aquella niña-mujer tenía, en ese entonces, 15 años y él 32, y ella, de no creer y qué triste decirlo, por Dios, a los tres años de casada, a los 18 años se murió, a los 18. Machado escribió:

*Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar*

Y con esa pena en su corazón Machado recorrió España hasta el último de sus días, cuando víctima del destierro, murió en un pueblito en Francia. Y con sus lentos pasos, cargados de años, rumbo a la muerte, repetía y repetía:

*Caminante no hay camino
Caminante, son tus huellas
El camino y nada más*

Y entonces, obviamente en mi caso, con esta atracción por la poesía, me pregunté cuál era el origen, precisamente, de la poesía y el amigo diligente con más edad que yo y más lector también, muy aplicado, me dice: tienes que empezar leyendo a Homero, el escritor más famoso de la época antigua y autor de dos de las obras más importantes de la literatura universal: la *Ilíada* y la *Odisea*.



Y, naturalmente quise saber quién era Homero y encontré que nadie sabe si realmente existió y que, además, cuenta la leyenda, que era ciego.

La *Ilíada* se ocupa del asalto a Troya con el propósito de rescatar a una mujer, tenía que ser, de nombre Helena, que era casada y se había ido con otro, pues con ellas nunca se sabe, y este asalto, buscando a esa mujer, desencadenó una guerra terrible. Perdón, por resumir semejante obra, considerada como uno de los orígenes de la poesía, en estas cuatro líneas.

La *Odisea* se refiere a Ulises, rey de Ítaca, que después de pelear la guerra que ya les conté, la de Troya, se toma 10 años para volver a casa, engañado una y otra vez, por mujeres, y solo, para no hacerme largo, les mencionaré a tres: Nausica, una, Circe, dos, cuyo oficio era la brujería y con quien tuvo un hijo, Telégono, y ella, naturalmente, encantó a Ulises y, tres, Calipso, que si fue lo máximo, pues lo retuvo nada menos que siete años y él, lo que es evidente, se demoró mucho para empezar a sentir remordimientos por su larga infidelidad hasta que, por fin, le dijo que se iba, que debía volver a casa donde Penélope, su esposa. ¿Y saben ustedes que hizo Calipso? desmáylene, le ofreció la inmortalidad y la juventud eternas, ni que fuera Dios mismo, pero eso hizo. Y Ulises muy impactado, se puso a pensar y pensar: caramba, nadie más me puede dar la juventud y la inmortalidad, pero, se dijo: ¿y que le digo yo a Penélope, si yo me vine mortal para Troya, como todos, y regreso joven e inmortal?, ¿cómo puede ser eso posible? Así que, no obstante, y luego de mucho meditar, decide regresar a casa, a Ítaca.

Pero después de todo esto que creen ustedes que pasó, atérrense, pues que las mujeres no perdonan, pero antes de contarles por qué, debo narrarles algo.

Ulises, consciente de lo que son capaces las mujeres, en el barco de regreso, pidió que le vendaran los ojos, le taparan los oídos y lo ataran en el mástil del barco, de pies y manos, para no oír el canto de las sirenas ya que, si las oía, seguramente se tiraría al mar para abrazarse con ellas sin importar que lo más probable sería que se ahogara. Y fue así como, por fin, logró llegar a casa.

Pera antes ya les dije de lo que son capaces las mujeres. Les conté que Ulises tuvo amores con Circe, la bruja y que con ella tuvo un hijo; pues, como él la abandonó para irse con Calipso, ella, en venganza, le dijo a su hijo Telégono que se fuera para Ítaca y que, como fuera, matara a su padre, pero él, instintivamente,



le dice a su madre que eso es imposible, que él no puede matar a su padre, pero ella, que no perdona la traición de Ulises, le ordena, de nuevo, que lo haga, y yo sé muy bien porque te lo digo, agregó ella. Telégono sintiendo que no podía hacer otra cosa que obedecerle, se marcha para Ítaca donde está Ulises muy ocupado, por cierto, tratando de deshacerse de los amantes que se había conseguido Penélope durante los 10 años de su ausencia. Y en medio de todas esas trifulcas cuando por fin lo encuentra se le enfrenta y le dice: vengo en nombre de mi madre y, con una lanza, sin pensarlo dos veces, le atraviesa el corazón.

Pues bien, dicen que todas estas historias las escribió un poeta ciego que fue Homero. Pero, que alguien completamente ciego fuera capaz de dictar esas historias y, además, componerlas en verso, lo más sensato es deducir que esto es prácticamente imposible y, que otros videntes, seguramente entre varios, escribieron esas historias. Y que Homero nunca existió.

Y leyendo más poesía me encontré, nada más y nada menos, con Dante Alighieri, el gigante de la poesía, de la imaginación, y el desamor, el que escribió *La Divina Comedia*, el viaje del poeta por el Infierno, el Purgatorio y el Paraíso. Una de las obras más importantes de la literatura italiana y universal. Y yo, que, tratando de escribir un simple verso, uno solo, le doy vueltas y vueltas y nunca me parece que voy a terminar, me encuentro que la *Divina Comedia* tiene 14.233 tercetos, todos rimados, todos de once sílabas, sí cada uno; como para enloquecerse cualquiera pensando que tal obra alguien la haya podido escribir. Y yo, naturalmente, he leído y leído todos esos tercetos, empezando por la puerta del infierno y nunca he olvidado aquellas frases en el frontispicio de esa puerta de entrada: “Perded toda esperanza los que por aquí entréis, por mí se ingresa en el eterno dolor, por mí se va con la perdida gente”.

Y acompañado del espíritu del poeta Virgilio, Dante recorre los nueve círculos de ese particular infierno y allí están condenados, con las penas más absurdas, todos aquellos personajes con los que él tuvo diferencias en su vida, mientras más diferencias más crueles las penas, y por eso no puedo olvidar a aquellos condenados que caminaban con la cabeza vuelta hacia atrás para que nunca vieran, ni por un segundo, un nuevo amanecer.

Esta obra es, sin duda, una de las más maravillosas que se han escrito.

Y hablando de amores y de su relación con lo que se escribe, Dante conoció



de niño a una niña de nombre Beatriz, de la cual se enamoró inmediatamente. A los 10 años, ella abandona Florencia, donde había nacido. A los 20 años regresa y a Dante le pareció más hermosa que nunca y, de nuevo, le dijo que la amaba, que nunca la había olvidado, y así empezaron un cálido romance. Dante le compone sonetos, habla y escribe enloquecido por ella, pero al poco tiempo aparece un acaudalado banquero, el señor Simón Portinari y, ¡oh sorpresa!, o ustedes no se sorprenden, Beatriz se va y se casa con él, para desgracia eterna del poeta.

Pero, como son las cosas, como si fuera una triste venganza, Beatriz se muere a los 24 años, recuerdan a Antonio Machado, y, además, como también son las cosas, por razones políticas, el Dante es desterrado de Florencia y nunca, hasta su muerte, puede volver a su amada ciudad. Después de peregrinar por pueblos de Italia recalca en Ravena, donde escribe, durante 14 años, la *Divina Comedia*.

Dante se casó y tuvo hijos, no obstante, miren ustedes, no dedicó la *Divina Comedia* a su esposa sino a Beatriz, a la que lo había traicionado yéndose con otro, donde una vez más, queda claro, el poder de las mujeres.

Y, a propósito de las mujeres, una mujer que escribió poesía si me llegó al alma: se trata de Emily Dickinson, cuya obra es muy poco conocida entre nosotros. Nació en Massachusetts, Estados Unidos, en 1830. Y sucede que vivió toda su vida recluida en su casa, no saludaba prácticamente a nadie y las amistades que tenía eran todas por correspondencia. Fue muy prolífica, pero durante su vida no se publicó digamos que nada. Sus poemas son únicos en comparación con los de sus contemporáneos, son cortos, carecen de títulos y la mayoría están relacionados con la muerte y la inmortalidad. Hoy está considerada, de forma casi universal, como una de las más importantes poetas estadounidenses de todos los tiempos.

Tuvo un solo amor, el pastor de su iglesia protestante. Ella iba a misa los domingos y lo miraba, lo miraba y lo miraba, hasta que el pastor desaparecía hacia sus habitaciones. Los vecinos, como es usual, empezaron a murmurar que ella lo amaba y murmuraron tanto que, como resultado, trasladaron de parroquia al pastor. Ella mantuvo la pena por este amor, si es que a eso podemos llamar amor, hasta su muerte y, por eso, imagínense ustedes, nunca más volvió a misa. Esto escribió:



Poema 421

*Un rostro apenas entrevisto
Tiene un embrujo raro.
La dama no se atreve a alzar el velo
para no disiparlo.
Y –a través de su malla– mira
y queriendo se niega,
no sea que la vista mate
deseos que la imagen alimenta.*

Hubo otro poeta, cuentista, ensayista y crítico literario, a quien tuve la suerte de conocer, nada más y nada menos, que Jorge Luis Borges. Borges tenía un estilo muy peculiar, pues, sus textos están provistos de una vasta cultura, de mundos alternativos, simbolismos, acertijos, metáforas y puros y simples inventos, agregaría yo. Pero, además, Borges nació con una memoria fantástica, no olvidaba nada y, perdón, un pequeño comentario local. Hace algún tiempo conocí al magistrado Jorge Enrique Ibáñez e, igual, quedé maravillado con su infinita memoria, se acuerda de todo, de lo bueno y de lo malo. Borges, venía diciendo, tenía un estilo de cuidada perfección. Un ejemplo notable de honestidad intelectual.

Borges creó un continente literario entre América del Norte y América del Sur, entre Europa y Latinoamérica, entre los viejos mundos y la modernidad.

Fue un traductor endiablado, tradujo del inglés, del francés, del alemán, del inglés antiguo y nórdico antiguo, al español. Como prueba increíble, cuando apenas tenía 10 años, tradujo del inglés, un cuento bellissimo de Oscar Wilde, *El Príncipe Feliz*.

Bien, después de todo esto que puede uno decir; que alguien así lo más probable es que no existió nunca, que es producto de la invención, tal vez como fruto de lo que a él gustaba ser. Yo por eso creo que Borges, a quien sí conocí, al igual que Homero, nunca existió.

Y este ser inexistente, a causa de sus penas de amor, que tuvo muchas, un día escribió un poema que él tituló, *1964*, fecha de uno de sus tantos abandonos. Voy a leer una parte de él:



*Ya no es mágico el mundo. Te han dejado.
Ya no compartirás la clara luna
ni los lentos jardines. Ya no hay una
luna que no sea espejo del pasado,
cristal de soledad, sol de agonías.
Adiós las mutuas manos y las sienes
que acercaba el amor. Hoy solo tienes
la fiel memoria y los desiertos días.*

Y después de este poema escribió, en prosa, recordando ese amor: “Estar contigo o no estar contigo es la medida de mi tiempo”. Y este otro pensamiento, para un puntillazo final: “Hay derrotas que tienen más dignidad que la victoria”.

Y una nota final sobre Borges, dijo que él imaginaba que el Paraíso sería algún tipo de biblioteca, y yo, modesto, modestísimo seguidor de ese gigante, toda la vida he estado construyendo ese Paraíso personal en mi biblioteca y en ese Paraíso vivo. Con frecuencia me pregunto si pudiera vivir en él después de muerto.

De los tantos y muy buenos poetas que ha habido en Colombia hoy solo voy a mencionar a dos: José Asunción Silva y Porfirio Barba Jacob que siempre me llamaron la atención.

De Silva, una vez que se lee el *Nocturno III*, a uno, de manera eterna le queda esa imagen dando vueltas en la cabeza: Dijo:

*Una noche
una noche toda llena de perfumes, de murmullos y de música de alas
una noche
en que ardían en la sombra nupcial y húmeda, las luciérnagas fantásticas,
a mi lado, lentamente, contra mí ceñida toda,
muda y pálida
como si un presentimiento de amarguras infinitas,
hasta el fondo más secreto de sus fibras la agitara,
por la senda que atraviesa la llanura florecida
caminaba, caminaba...*



Y, cómo fue posible que un vagabundo, marihuanero, parlanchín, ladrón, anticlerical convencido y converso, como Barba Jacob, por miedo, antes de morir, escribiera la *Canción de la Vida Profunda*:

*Hay días en que somos tan móviles tan móviles
Como las leves briznas al viento y al azar
Tal vez bajo otro cielo la dicha nos sonría
La vida es clara, undívaga y abierta como un mar.*

Bueno, paralelamente con la poesía encontré también en los libros a novelistas, cuentistas, filósofos, científicos y teólogos. Una mezcla o coctel completo, para moverle la cabeza a cualquiera, como me la movieron a mí. Pero esa historia sería interminable para contarla hoy aquí en este agosto recinto. Forzosamente solo podré citar algunos.

Quisiera empezar por Franz Kafka, para mí, fascinante y profundamente extraño. Menciono, así al pasar, que se comprometió, oficialmente en matrimonio, con la misma mujer, dos veces y nunca se casó con ella. Él decía que amaba a las mujeres seguras de sí mismas y, por lo visto, nunca encontró una a la horma de sus zapatos, pero, quién lo va negar, era una horma imposible de igualar. No obstante, tuvo dos grandes amores, uno, Milena y a ella le escribió:

“Soy impuro, Milena, infinitamente impuro, por eso estoy siempre a vueltas con la pureza. Nadie canta con tanta pureza como los que están en lo más hondo del infierno; lo que tomamos por el cántico de los ángeles es su cántico”.
Cómo les parece este texto.

Kafka era taciturno, insociable, malhumorado, egoísta, enfermizo e hipocondríaco y, en medio de todos estos males, muy inteligente. Su estilo es inconfundible, su relación con la angustia existencial, el existencialismo, la burocracia opresiva, lo llevaron a escribir dos obras maestras: *La metamorfosis* y *El Proceso*; Kafka es uno de los escritores más influyentes de la literatura universal.

Otro escritor que a mí me deslumbró fue Marcel Proust, francés; su obra más representativa *En busca del tiempo perdido* es considerada como una de las



cumbres de la literatura universal y una apoteosis de lo que se califica como novela psicológica.

Siempre rechazó las opiniones intolerantes de muchos sacerdotes de su época. Su estilo es uno de los más originales de toda la literatura y es único en su prolongación, precisión, fuerza y encanto.

Proust sufrió de asma desde los nueve años y esta enfermedad fue determinante en su vida y en su obra, pero la lista de sus otros males es extensa: neurastenia, ansiedad, palpitaciones, dolores de cabeza, malestar estomacal, fiebres, insomnios, dificultad para hablar, mareos, desregulación de la temperatura y, para colmo de todo, también sufrió artritis.

Sus escritos dieron lugar a un sentimiento que se conoció como el “síndrome de Proust”, que consistía en la evocación repentina de un recuerdo autobiográfico que incluyera una gama de expresiones sensoriales.

En busca del tiempo perdido sigue los recuerdos del narrador sobre su infancia y sus experiencias hasta la edad adulta en la alta sociedad francesa de finales del siglo XIX y principios del XX.

De las infinitas cosas que escribió Proust quisiera recordar unas pocas: “Vale más soñar la vida propia que vivirla”. “El amor es una enfermedad inevitable, dolorosa y fortuita”. “Nuestro corazón tiene la edad de aquello que amas”. “El hallazgo afortunado de un buen libro puede cambiar el destino de un alma” y, esta última: “La ambición embriaga más que la gloria”.

Otro autor y su casi que única obra, del cual nunca me he podido desprender es de Juan Rulfo y su pequeña novela, *Pedro Páramo*. La tengo al lado, en mi mesa de noche.

Rulfo fue un escritor, guionista y fotógrafo mexicano, y es considerado uno de los escritores hispanoamericanos más importantes de todas las épocas.

Pedro Páramo, el del libro, desde niño se enamoró de Susana San Juan, pero ella, como ustedes saben, se casó con otro. Entonces, quedó como en el aire y ya no pudo volver a estar en el tiempo, vivía desfasado, era un muerto vivo buscado a su padre para reclamarle pues, por irse con otras mujeres, cosa que sucede con frecuencia, o al menos eso me han dicho a mí, abandonó a su madre.

En *Pedro Páramo* la muerte es una expresión de la continuidad. La miseria aniquila a los habitantes de Comala y su pobreza irreparable depende de su



imposibilidad de entrar en el tiempo; es una historia de los que no pueden tener historia.

Desde joven y fruto también de mis lecturas sobre filosofía, me autocalifiqué como filósofo, un atrevimiento que, desafortunadamente nunca pude volver realidad. Entonces, decidí ser existencialista, aquella corriente filosófica que centra su análisis en la condición humana, la libertad y el significado de la vida. Y, para mi sorpresa, encontré que el precursor de esta corriente había sido Soren Kierkegaard, quien nació en Copenhague, Dinamarca, en una familia Luterana Protestante y que se empeñó en rescatar al individuo de la masa, por dar primacía a la vida sobre la razón, y enfrentar sentimientos como la desesperación y la angustia. Fue, sobre todo, un pensador religioso. Así que es el cristianismo el que le permite la recuperación del individuo, que, enfrentado ante la angustia de su existencia, solo encuentra sentido en Dios. Estar a solas con Dios será su objetivo vital y filosófico.

Por este camino, a propósito, me dediqué a estudiar las diferentes religiones. No hay un origen único de las religiones, fue un proceso gradual influido por factores psicológicos, sociales y culturales. Las religiones más antiguas como el hinduismo o las tradiciones animistas tienen raíces prehistóricas, mientras que otras surgieron como reformas o revelaciones en contextos históricos específicos.

Muchas religiones históricas como el cristianismo, el Islam o el Budismo, según sus seguidores, tuvieron experiencias reveladoras o divinas.

En el recorrido encontré que había muchos dioses, cientos, miles y que todos, y para solo mencionar a unos pocos como Yahvé, o a Cristo-Dios Padre, o a Alá y, también a Brahma, en el hinduismo, y que cada uno de ellos había creado, por su cuenta, el universo y la vida, o sea que todos hicieron el mismo trabajo y que, todos los seguidores de cada uno consideran a su Dios como el único, el auténtico, como el verdadero. Y esto me significó, entonces más libros y libros y libros. Y trasnochos, trasnochos y trasnochos.

Después de todas estas lecturas, al igual a como sucedió cuando era joven, que me autodeclaré como filósofo, ahora me autodeclaré verdaderamente teólogo.

De esas lecturas como teólogo, digo, hubo un encuentro para mi muy impactante y, fue hallar al monje dominico Giordano Bruno, nacido en 1548 en



Nola, Italia y quemado vivo por la Inquisición en 1600, en el Campo de Fiori, en Roma.

Bruno es considerado, título para mí hermosísimo, como el “filósofo del infinito”. Seguidor de la teoría heliocéntrica de Copérnico, se atrevió a ir más allá al concebir un universo sin límites, más adelante volveré a esta concepción, poblado por una multiplicidad de mundos, donde la tierra ya no era su centro y por tanto no era “superior” a todo lo demás. Afirmaba que Dios había creado un universo infinito en el que el hombre era libre porque ya no vivía en un espacio cerrado. Por estas ideas, muy lógicas para mí, por cierto, pienso yo, Bruno fue excomulgado por los católicos en Italia, por los calvinistas en Suiza y por los luteranos en Alemania y, como ya dije, después, quemado vivo, una de las formas más terribles de matar a cualquier ser humano, en Roma.

Me pregunté siempre, después de este crimen, cómo asesinan a alguien que afirmaba que Dios había creado un universo sin límites, si no puede haber una demostración mayor del poder de un dios que crear un universo sin límites, cuando es claro que no puede haber una creación superior. Les confieso que al pensar en esta creación yo quise creer en un Dios como el de Bruno.

A estas alturas recordé que, como “filósofo”, yo había estudiado a Baruch Spinoza, nacido en Ámsterdam, Países Bajos, en 1632, judío, de origen sefardí. Fue uno de los principales pensadores de la Ilustración, de la crítica de la Biblia hebrea y del racionalismo del siglo XVII, incluyendo concepciones modernas del ser y del universo. Llegó a ser considerado uno de los filósofos más importantes, sin duda el más radical, de principios de la Edad Moderna.

Sostenía Spinoza que Dios era a la vez inmanente y trascendente al universo, que todo estaba, que todo existía en Dios, que Dios era el mismo universo infinito, *mutatis mutandis*, el mismo Dios que el de Giordano Bruno.

Los dioses de Giordano Bruno, católico y Baruch Spinoza, judío, eran prácticamente el mismo.

A Bruno lo que quemaron vivo y a Spinoza, judío practicante, como violaba la Torá, los cinco primeros libros del Antiguo Testamento, lo expulsaron de la sinagoga, con el decreto más terrible que se haya escrito. Les ruego que lo busquen y lo lean completo, nunca lo van a olvidar, hoy solo cito una muy pequeña parte de él: “Por decisión de los ángeles, y el juicio de los santos,



excomulgamos, expulsamos, execramos y maldecimos a Baruch Spinoza, con la aprobación del Santo Dios... que maldito sea de día y maldito sea de noche; maldito sea cuando se acuesta y maldito cuando se levanta”. Y así sigue este tremendo decreto, léanlo, por favor, nunca lo van a olvidar.

Pero el mundo de los dioses sufrió un fenómeno muy interesante que me llevo a recordar, no sé muy bien porque, al padre de la evolución, a Charles Darwin. Que como había tantos dioses de pronto algunos antepasados nuestros se dijeron sino sería mejor que en vez de tantos dioses tuviéramos uno solo que fuera el padre, el de mayor poder de todos. Y el primero que dio ese paso adelante, para mi gran sorpresa, fue un faraón en Egipto, fue Akenatón, 1570 años antes de Cristo. Dijo, estoy cansado de tantos dioses, cuando a quien le debemos nosotros la vida es al sol, así que de hoy en adelante el Sol será el único dios de todos los egipcios. Y de un plumazo borró a todos los demás dioses. Pero este reinado duró poco, porque después de una muerte misteriosa, el faraón que lo sucedió dijo que Akenatón estaba loco y volvió a restablecer a todos los dioses que antes existían. Un reinado breve, como dije.

Pero por ahí cerca, en fechas coincidentes, apareció Abraham de Ur, hoy Irak, que dijo que le había hablado desde el cielo un dios y que ese sería el verdadero dios de todos. Y que ese dios le había dicho que debía irse para Canaán, hoy Israel y Palestina, y que haría un pacto con él y con su pueblo y así nació el dios de los judíos, Yahvé, uno solo, como ya anoté. Pero ahí mismo, en Israel, vino después Jesús, Jesucristo, y años después apareció San Pablo, quien escribió y predicó que ese dios era el único, por encima de todos los demás y ese es, precisamente, el dios del cristianismo.

Pero ahí no termina la historia del monoteísmo, porque años después apareció Mahoma y dijo que no, que el verdadero dios, por encima de todos era Alá, y ese es hoy el dios de los musulmanes que, a propósito, son más de uno.

Pues bien, todos esos miles y miles de dioses que hubo antes, desaparecieron, y solo tres, óiganlo bien, tres dioses, ocuparon su lugar, Yahvé, Cristo y Alá. Pero esto no quiere decir que estos tres dioses hayan ocupado el mundo entero, ya que en dos países que representan el 35 % de la población del mundo, y que son la India y la China, la realidad es muy diferente. En la India tienen tres dioses principales, Brahma, Shiva y Visnú y, además, miles y miles



de dioses más, parece mentira que diga miles y miles, pero así es, literalmente. En la India hay dioses para todos los gustos. Ahora bien, en la China, ese otro gigante en población, la inmensa mayoría de ellos no tiene ninguna religión y, si acaso, un 15% de ellos practican o el Budismo, o el Taoísmo, o el Islam, el catolicismo o el protestantismo.

Naturalmente, después de este largo recorrido me pregunté si así era el Dios de los teólogos y así el origen del universo y de la vida, cuáles eran, por lo tanto, las teorías de los científicos sobre este particular. Bien, entonces, ¿qué tenía que hacer? pues leer y leer libros sobre ciencias exactas y, aunque yo suponía que ya algo sabía, me puse a estudiar física primero, es decir me tenía que convertir ahora, como siempre, autocalificado, en científico.

De los muchos físicos que encontré, hallé uno que ha sido uno de los más grandes de la historia, Isaac Newton, que nació en 1643 en Inglaterra y quien realizó las primeras postulaciones sobre la gravedad entre sus múltiples inventos. Tengo que confesar aquí, también, que este genio a quien tanto admiro practicaba, muy curiosamente, la magia, las ciencias ocultas, la alquimia, todo absolutamente contrario a la ciencia. Pero nadie es perfecto, diría yo, para salvar a mi genio.

Lo de la gravedad a mí siempre me ha tenido atónito. Cuenta la leyenda que, estando sentado bajo un manzano, vio caer una manzana a su lado y que él se quedó pensando por qué se había caído. Lo que yo diría, que sería lo lógico, como científico que soy, que se cayó porque estaba madura y la ramita que la sostenía se secó y, naturalmente, se tenía que caer pues ya nada la sostenía. ¡Ah no! A Newton se le ocurrió decir que fue porque debajo de ella había una fuerza que la atraía, y que esa era la tierra. Y escribió ecuaciones y ecuaciones hasta que dijo, finalmente, esta es y sirve para todo el universo, y bajo estas leyes se mueven, desde entonces, todas las cosas que hay en él, y pienso yo, que así se mueven y, al menos, así se aceptó que se movían hasta 260 años después, cuando a Albert Einstein se le ocurrió que había que hacerle unos ajustes a esta hermosa ley y la ajustó o reemplazó por la Teoría de la Relatividad, y sostuvo con ella, que el tiempo y el espacio eran relativos y que formaban entonces el llamado espacio-tiempo, y que la masa de los objetos hacía que estos se curvaran. Y yo, ahora como científico, me dije, bueno, que la masa se curve,



vaya y venga ¿pero cómo diablos se curva el tiempo? pues sí, que se curva, me repitieron en voz alta los verdaderos físicos, y, naturalmente, me tuve que callar.

Bueno, por este camino apareció que había otra física, la del mundo a nivel subatómico, la física cuántica. ¡Ah caramba! Habrá entonces que estudiarla. Y qué siguió, pues libros y libros sobre la física cuántica. Es un mundo realmente increíble y maravilloso porque ante la física de las grandes masas uno se dice, ahí están, la tierra, el sol, los planetas y demás, pero la subatómica donde está y, en verdad, es como de no creer.

El padre de la física cuántica fue Max Planck, alemán, que introdujo la idea de que la energía se cuantiza. Y empezó una discusión interminable, que sí existe, pero que no existe y, lo más impactante, que no se comporta de acuerdo a las teorías de la física clásica, la de Newton.

Y que tal esta idea, tan increíble, que esas partículas subatómicas solo existen cuando uno las miras, pero ¿cómo así, cómo así? Entonces aparece Erwin Schrödinger, austríaco, y dijo: que todo era muy fácil de entender, que nos imagináramos que metíamos un gato en una caja, y que ese gato podía estar vivo y muerto, a la vez, cómo les parece, ¿no les dije que era fácil? Les recomiendo, totalmente convencido, que se interesen, todos ustedes, por la física cuántica.

Y caminé un rato más leyendo más libros sobre física y química, las ciencias que según nos dicen los sabios, armaron el mundo.

Y otra vez, aparece el amigo que, sí sabe, y me dice: te falta en física, lo último de lo último, te falta la materia oscura. Madre mía, y ¿qué pasa con la materia oscura? Ya verás. Es un tipo de materia que se estima que es el 85% de la materia de todo el universo y que no emite ningún tipo de radiación electromagnética, pero produce un efecto de atracción gravitatoria, lo propio de los objetos con masa, lo que explica la expansión del universo durante los últimos 11. 000 millones de años, pero ahora ciertos estudios están indicando que no es verdad esa constante, y que si esta teoría se comprueba de que no es verdad, nos tocaría reevaluar hasta las teorías de Einstein sobre el comportamiento del propio universo. Cómo les parece esta prueba.

Y estando en estas apareció en los libros un sacerdote católico, jesuita, belga, George Lemaitre, que en lugar de estar rezando y diciendo misa, se puso a divagar por el universo como Giordano Bruno, el quemado, les recuerdo y como Baruch



Spinoza, el del decreto terrible de expulsión, y a echar teorías hasta que se le ocurrió, por allá en 1950, me parece recordar, decir que todo había empezado, en realidad, con una primera gran explosión, el Big Bang, hace 13.800 millones de años. Pues esta teoría iba en contra de la de todos los dioses que les he contado que existen y, a pesar de semejante enormidad, este hombre, sacerdote, les dije, se salvó de morir quemado, porque, por suerte, ya se había acabado la Inquisición. Sin embargo, esta teoría terminó siendo acogida por todos, aunque yo, les confieso, como científico, y pueden reírse, no termino de estar convencido.

Por ejemplo, recientemente se viene discutiendo la idea de que pudo haber “explosiones” o eventos antes del Big Bang, lo que es un tema fascinante y en evolución en la cosmología de hoy. Algunas teorías sugieren que el universo podría haber pasado por ciclos de expansión y contracción, lo que implicaría que hubo “big bangs” anteriores a nuestro universo actual. Estas ideas son parte de un campo de estudio más amplio que investiga la naturaleza del tiempo y el espacio antes del Big Bang.

¡Hola! Sí, estas son teorías fascinantes y, sinceramente, uno de los grandes misterios de la cosmología. Según la teoría del Big Bang, el universo comenzó a expandirse a partir de una explosión de un estado único, muy pequeño, que estaba extremadamente caliente y denso. Sin embargo, lo que ocurrió “antes” del Big Bang, es un tema complicado, un misterio todavía.

Algunos científicos sugieren que el concepto de “antes” puede no tener sentido, ya que el tiempo y el espacio, tal como los conocemos hoy, comenzaron en el momento del Big Bang. Yo, en cambio, pienso, como científico que soy, repito, y pueden reírse de nuevo, que el tiempo y el espacio existieron siempre, y que no hay que perder la fe por eso. Y que si ese estado caliente y denso, existió antes del Big Bang, pues algo no puede calentarse y ser denso si no existe antes. Y esto sí, sin discusión alguna.

¡Y siempre habrá más por descubrir! Y repito, que cómo se me han ocurrido a mí tantas cosas, pues leyendo y leyendo libros, todo en español, como les he dicho.

Pero perdón, dijo el amigo que todo lo sabe, te falta estudiar la química, ya antes tú mismo dijiste que con la física construyeron el mundo.

No, no, ya no doy más. Bueno, lo pienso un poco y voy a darle una mirada. Y qué encuentro: que la química está en todo, por ejemplo, si tienes hambre, hay



moléculas en el estómago que te producen algo en el cerebro, eso es química; y aunque no lo creas cuando te enamoras ese sentimiento también te mueve el cerebro y eso es química. O sea que las moléculas y las reacciones químicas están en todo, pues sí, están en todo, en absolutamente todo. Al ver, entonces, el tamaño de todo lo que tendría que estudiar me dije, lamentablemente, hasta aquí llegaron tus estudios sobre la química, tu vida, como la de todos, tiene un límite, es hora de que tomes conciencia de ello.

Podría, por lo tanto, seguir contándoles más cosas de mi vida y de mi relación con los libros, pero aunque pienso que lo dicho ya es suficiente, es imposible no recordar que hace un año en este mismo paraninfo la Academia me hizo un significativo homenaje por esa relación mía con los libros y por haber creado hace 37 años la Feria Internacional del Libro de Bogotá y que para mi orgullo y gran satisfacción continúa vigente. Pero falta aclarar una cosa, bien importante para mí, y es que soy economista y no alguien dedicado a las humanidades y que cómo fue la historia con mi madre para que yo, finalmente, entrara a estudiar economía y, además, cómo ha sido mi larga vida pública, pero esa, también, sería otra larga historia, demanda, pues, otra oportunidad, que ojalá llegue algún día pero, obviamente, ya no sé si llegará.

Y permítanme un último comentario, como avezado científico físico que soy. Según mis estudios, al sol le quedan todavía 5.000 millones de años de vida, y que, al llegar a ese final, se apagará y ya no habrá más calor en la tierra y todo se enfriará hasta unas temperaturas en las que ya no será posible la vida. Pues bien, yo espero que durante estos 5.000 millones de años que nos quedan, como humanos, sigamos hablando y escribiendo millones y millones de libros, ojalá todos en español, naturalmente, porque este bello idioma en el que hoy nos expresamos, nunca, nunca, va morir, créanme, pues yo siempre digo la verdad, como científico que soy.

Ya pues, para terminar, y como estoy bastante viejo, aunque no necesito decirlo pues a simple vista se comprueba, y ya verán por qué lo digo. Es para contarles que, recientemente, he tenido algunos problemas de salud que me han llevado a pensar, seriamente, que pronto me deberé morir. Decidí, entonces, escribir un poema para tratar de expresar cómo pienso qué va a ser ese, mi último momento. Es este:



El final

*Miro atrás todo el camino
miro el corto paso que aún me queda.
A mi mente llegan todos
los soles, las lunas y las lluvias
los amores, los hijos, la fiel compañera
que perdonó hasta lo imperdonable,
los amigos, tus hermanos y tu madre, la única
entre todas.*

*La vida se va
y la muerte, que tanto has esperado
al fin de frente te saluda
y aunque quieres que te hable
ella en silencio permanece.
Y tú deseas, de repente
vivir y contarlo todo, atropelladamente
todo de principio a fin
vivir en ese mismo instante tu vida entera.*

*Pero ella te dice, suavemente
que el eterno momento del silencio
ha llegado.*

*Doy entonces, sin prisa alguna
el corto paso que me resta,
ella me detiene y murmura:
“Ya todo ha terminado”.
Me acuesta, me cierra los ojos
y lentamente se aleja
y, lentamente, también, la luz se va.*



*Como todos los que hasta hoy han sido:
papas, reyes, presidentes, dictadores
dioses, sacerdotes
predicadores de lejanos cielos
o simples mortales, con los pies desnudos
sí, como todos, habito ahora en la oscuridad total
sin bellos resplandores o noches de miedo
y sin aquellos ojos de pasión y engaño.
Así viviré, sí, como todos y para siempre.
Así viviré, por toda la eternidad
pues finalmente se cerró la puerta
que nadie volverá a abrir
la puerta de entrada
al infinito reino del olvido y de la nada.*

Gracias, gracias a todos, muchas gracias.

Jorge Valencia Jaramillo